

Acerca de trayectos y territorios oníricos

L. Nicolás Guigou
Dpto. de Ciencias Humanas y
Sociales, IC, FIC, Udelar
Dpto. de Antropología Social,
ICA, FHCE, Udelar
guigou.nicolas@gmail.com

Resumen

El artículo cuestiona la perspectiva filosófica y antropológica del habitar, en tanto construcción egoica y sustancialista, proponiendo a cambio la indagación de trayectos y territorios oníricos en su no habitar, estableciendo como espacio etnográfico la arquitectura preternatural conformada o señalizada durante la pandemia por los habitantes de la Ciudad Vieja, en tanto arquitectura preternatural del Mal. Se ahonda en dicha preternaturalidad a partir del concepto de sincronidad, utilizándolo como bisagra entre la dimensión onírica y la trama etnográfica expuesta.

Palabras clave: Ciudad Vieja, sincronidad, pandemia.

Abstract

This article questions the philosophical and anthropological perspectives of inhabiting as an egoic and substantialist

construction, suggesting, in return, the inquiry of paths and oneiric territories in their non-inhabiting, establishing the preternatural architecture conformed and signalized during this pandemic by the inhabitants of the Old City as an ethnographic space, the preternatural architecture of Evil. It delves into that preternaturalness as from the concept of synchronicity, making use of this concept as a hinge between the oneiric dimension and the exposed ethnographic plot.

Key words: Old City, synchronicity, pandemic.

1. ¿Qué era la realidad?

Este artículo se deriva de un conjunto de experiencias etnográficas urbanas acaecidas en un espacio-tiempo dado y acotado. Se trata de los trayectos oníricos generados por habitantes del barrio Ciudad Vieja, y que se refieren, de una u otra manera, a esa espacialidad, en la temporalidad definida por el inicio de la pandemia de la COVID-19 hasta la actualidad.

Ahondar y tomar como punto de partida la pluralidad de los trayectos oníricos de los habitantes del barrio Ciudad Vieja requiere de algunas explicaciones, interpretaciones y rodeos sobre las categorías y conceptos utilizados.

Para comenzar, las conceptualizaciones propias que atrae la figura de trayecto onírico, cuestionando (en los propios sentidos que convoca esta expresión) los excesivos y egoicos planteos sobre el habitar que han ingresado de manera acrítica al campo de la antropología y de las ciencias sociales, conformando así una escena en que ese habitar parece estar constituido por un conjunto de sujetos de conciencia viviendo o sobreviviendo en algún lugar.

Desde esta perspectiva, el lugar (locus) es también construcción y apropiación considerada y consciente, abrazando

aquí el realismo antropológico algunas ensoñaciones *heideggerianas* sobre el habitar, al que le debe tanto:

¿Qué pasaría si la falta de suelo natal del hombre consistiera en que el hombre no considera aún la propia penuria del morar como una penuria? Sin embargo, en el momento en que el hombre considera la falta de suelo natal, ya no hay más miseria. La falta de una patria es, pensándolo bien y teniéndolo bien en cuenta, la única exhortación que llama a los mortales al habitar. (Heidegger, 1994, p.8)

El habitar heideggeriano nace así de esta manera sobre una doble temporalidad conformada por un primer paso en que la inconsciencia —la no consideración de la penuria y la miseria del morar en este mundo en tanto penuria— da consistencia a la falta del suelo natal, y un segundo paso en que la superación de dicha ausencia estriba en el reconocimiento de esta falta de suelo natal, aboliendo así la miseria que conlleva el morar y, por tanto, la exhortación al habitar, al sedentariarse, a constituir un suelo natal y una patria que exhorta a su ocupación.

La mirada cosificadora de la multidimensionalidad espacio-temporal que derrama toda territorialidad asentada en un denominador común capaz de aglutinar, agrupar y conjurar las diferencias —mediante la producción de un ejercicio sustancialista que adjudica límites, intensidades y características identitarias a un territorio— adquiere, en la matriz heideggeriana, un tono de reconciliación, de vuelta del exilio a través de la búsqueda incesante y edípica del suelo natal y patrio, que llama a superar su falta; produciéndolo, construyéndolo y habitándolo. Haciéndolo nuestro, pues.

Esta ocupación territorial o el anhelo de la misma, esta morada, este habitar consciente es el que heredan las ciencias sociales y la antropología, y cuyo testimonio

serán las narrativas gestadas por un sujeto/sujeta/sujete portador de una consciencia prístina envuelta en un mundo social sin mácula; consciencia, por otra parte, demostrada de manera transparente en la copresencia entre sujeto narrador y mundo narrado.

La colonización de la consciencia sobre cualquier dimensión inconsciente y el aquietamiento que la misma genera en el mundo onírico queda expresada en la gestación de narrativas por parte de la tarea etnográfica que asume a las mismas como testimonio fiel y reflejo discursivo de la realidad, o bien, como el *ricoueriano* pasaje del tiempo cosmológico al tiempo humano, aunque —reduccionismo antropológico mediante— dicho pasaje termine dejando de lado, tanto en los procesos como en los productos etnográficos, desde los elementos presemánticos del símbolo, hasta todas las dimensiones que no sepan inscribirse de una forma certera y evidente en ese yo parlante capaz de responder a las inquisitivas interrogantes del investigador.

Es así que a la heideggeriana exhortación a la creación, producción, apropiación y ocupación de un espacio por falta de una patria, de un suelo natal —esta falta se justificaría en la cosmología nacionalista y después nacionalsocialista alemana que tanto amaba Heidegger, el *Lebensraum* (espacio vital)— ese habitar colonizador en fin, dialoga de buena manera con un etnografiar egoico, exteriorista (de allí la porosidad antropológica a la apuesta heideggeriana), en el que el acto colonizador es la gestación representacional e imagética de los habitares conscientes por parte de la escritura antropológica. De esta manera, el habitar consciente heideggeriano y el sujeto consciente generador de narrativas transparentes para la antropología resultan un todo coherente colonialista muy bien articulado.

2. Trayectos y territorios oníricos

El trayecto onírico aquí escogido se solapa con varios otros que fueron escuchados, leídos, grabados, filmados, escritos y dialogados. Una atmósfera peculiar que comenzó a conformarse densificada en una multiplicidad de sueños, en los cuales habitantes de la Ciudad Vieja supieron relatarlos en detalle las maneras en que su querido barrio fue progresivamente habitado por seres de la oscuridad, completando —en las versiones más sofisticadas— un largo Plan establecido por un Mal más allá de lo humano.

Todos estos trayectos oníricos estaban relacionados con el COVID-19 como telón de fondo; con el encierro, con la posibilidad de estar viviendo un apocalíptico final de los tiempos y con un afuera, más allá del obligado aislamiento, en el cual se habría diseñado —siguiendo aquí algunos apuntes oníricos— una arquitectura preternatural del Mal.

Esta arquitectura preternatural, estos territorios oníricos admitían, con todo, algunas intervenciones materiales, o bien, el reconocimiento de señalizaciones ya trazadas con anterioridad:

La zona del Mal, su epicentro —cuenta una atildada arquitecta—, fue demarcada en esta área de la Ciudad Vieja. La idea es que las entidades y los humanos, sobre todos los viajeros y turistas que supieran ver, tuviesen un lugar seguro en Montevideo. Son los faros del Mal. Los dos. Cíclopes que emiten por su único ojo una luz mortecina. Tachonando este esfuerzo, y adentrando a este Teatro en la oscuridad, el cubo horroroso arriba del techo, que pasa del rojo al azul, al verde, dando las señales adecuadas a los torturados por la Fraternidad.

Seguimos caminando, tratando de salir de tanta lobreguez. Este recorrido esotérico parece no tener fin. ¿Pero para dónde ir?

La calle Bacacay está tomada. La arquitecta se asusta. Yo también. Vemos a una de las brujas que hace las veces de moza en un bar. Tenebrosa bajo su caballera pelirroja. Frente, un restaurante de guardianes. Huimos prontamente haciendo ruido con las suelas de los zapatos. Nos vamos para la rambla portuaria.

—El primer sueño fue con el Solís remodelado. Mejor dicho, el proceso de restauración.

—Un sueño arquitectónico —ironiza L., que en esta parte de la ciudad nos puede alcanzar.

A la arquitecta no le gusta la chanza. Y sigue:

—Soñé que en el techo había dos figuras oscuras, con sombreros cónicos. Al bajar a la vereda del Teatro pude ver que tenían un solo ojo, y en ese lugar se transforman en las esculturas que uno puede ver allí. Después vuelven a su incierta forma original de espectros.

Entraban y salían del esqueleto del Teatro, y lo iban haciendo de nuevo, a su antojo, sin pudor. Cuando terminaron de reconstruirlo, comenzaron a escucharse gritos:

—¡El tiempo se desató, se desató, se desató!

Sus ojos quedan en blanco. Esperamos a que vuelva en sí y la acompañamos a su casa, en la calle Colón. Nos acercamos a la puerta. En el techo de la casa de altos, L. señala con el dedo y grita:

—¡Miren allá arriba! ¡Arriba!

La voz resuena en la calle desierta. Dos seres con sombreros cónicos, en el techo de la casa. Bajan y, en ese momento, la arquitecta despierta.

El café humeante frente a ella y dice:

—Todas las noches, el mismo sueño. Todas las noches.

3. Casa del Otro lado

El no habitar (Guigou, 2020) —imagen inversa al tedioso y sustancialista habitar— remite a todas las construcciones y elaboraciones imaginarias como forma de resistencia. Las creaciones de mundos posibles en el marco de mundos imposibles, precisamente, los habitables. Los trayectos oníricos atraviesan estas construcciones y, sin recorrer territorios, los producen.

Parte del no habitar se produce mediante la sincronicidad. Allí, tanto los trayectos como las territorialidades oníricas, poseen su mayor fuerza.

C. G. Jung, creador del concepto de “sincronicidad”, lo explica de manera contundente en varios textos, aunque, tal vez, con mayor fuerza poética en su prólogo al milenario *I Ching*:

En otras palabras, quienquiera que haya inventado el Yi Ching, estaba convencido de que el hexagrama obtenido en un momento determinado coincidía con este en su índole cualitativa, no menos que en la temporal. Para el hexagrama era el exponente del momento en que se lo extraía — más aún de lo que podrían serlo las horas señaladas por el reloj o las divisiones del calendario— por cuanto se entendía que el hexagrama era un indicador de la situación esencial que prevalecía en el momento en que se originaba. Este supuesto implica cierto curioso principio al que he denominado sincronicidad, un concepto que configura un punto de vista diametralmente opuesto al de causalidad. Dado que esta última es una verdad meramente estadística y no absoluta, constituye una suerte de hipótesis de trabajo acerca de la forma en que los hechos se desarrollan uno a partir de otro, en tanto que la sincronicidad considera que la coincidencia de los hechos en el espacio y en el tiempo significa algo más que un mero

azar, vale decir, una peculiar interdependencia de hechos objetivos, tanto entre sí, como entre ellos y los estados subjetivos (psíquicos) del observador o los observadores. (Jung, 2015, pp.24-25)

Los territorios y trayectos oníricos del no habitar, en su espacialidad inconsciente humana y no humana, poseen sendas posibilidades en la sincronicidad, sin agotarse en ella: “Sincronicidad significa, por tanto, el acontecimiento simultáneo de un cierto estado psíquico con uno o más sucesos externos que aparecen como paralelos significativos en el estado subjetivo momentáneo —y viceversa— en algunos casos” (Jung, 1988, p.35).

J. venía soñando con la casa de la calle Sarandí desde hacía un buen tiempo. Sabía que estaba conectada de alguna manera con el edificio agrisado —sí, el de los brujos— de Bartolomé Mitre y con la camándula esotérica que respondía a Coma en Cinemateca. Soñaba con la casa antes de despertar, nunca de noche. Eran sueños recurrentes en los que una voz sin rostro le iba contando de brujos, brujos, seres malignos o de naturaleza extraña, algunos sin clasificación.

Después de esos sueños se levantaba lento y caminaba a una terraza poblada de espadas de San Jorge. Una de ellas se volvía iridiscente durante todo el día. Cuando J. no soñaba, o creía no soñar, la espada quedaba estacionada en sus colores naturales. Pero cuando soñaba, la espada de San Jorge cambiaba de color —violeta, celeste, azul, verde, todos brillantes y refulgentes— y también las plantas que pendían de los balcones de la casa de la calle Sarandí.

Las veía cuando caminaba por esa calle, hasta acostumbrarse y saber que los sueños sobre la casa, las voces que le hablaban, la iridiscencia de la espada de San Jorge y de las plantas colgantes de los

balcones eran una continuidad. Esto le sorprendía menos que las descripciones de las voces en sus sueños; que aludían a esa casa, a su fachada mejorada, a sus nuevos vitrales, a los balcones con sus vegetaciones y, particularmente, a su extraña función como entrada y salida de este mundo. La casa mostraba, desde la vereda, una ventana con una de sus hojas abierta, y por allí se veían las previsibles arañas y luces permanentemente prendidas.

La casa fue refaccionada durante el desarrollo de la pandemia sin que los vecinos pudieran precisar el momento de realización de estas obras.

A medida que J. exploraba las relaciones entre sueños, plantas e iridiscencia, su observación sobre la casa de la calle Sarandí aumentaba.

Logró fotografiar a varias personas que entraban y salían de esta.

A los pocos días de brindarme la entrevista, en la cual supo relatarme estos acontecimientos, J. falleció de muerte súbita.

Bibliografía

- Guigou, L. Nicolás (2020). Sobre el no habitar. Revista *Políticas Públicas & Ciudades*. Disponible en: <https://youtu.be/qFV1VVkC9dQ>
- Guigou, L. Nicolás (comp.) (2014). *Ciudades, perspectivas y miradas: un estudio socioespacial sobre Manaus y Montevideo*. Montevideo: Ediciones Universitarias.
- Heidegger, M. (1994). *Construir, habitar y pensar*. Barcelona: Serval.
- Idel, J. (2009). *Notas sobre una ciudad nublada. Puertas Abiertas*. Buenos Aires.
- Jung, Carl G. (2015). Prólogo. En Wilhelm, R. *I Ching. El libro de las mutaciones*. Editorial Sudamericana.
- Jung, Carl G. (1988). *Sincronicidad*. Barcelona: Sirio.